



www.loqueleo.es

© 2022, Jordi Sierra i Fabra

© De esta edición:

2022, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana

Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-407-5

Depósito legal: M-22873-2021

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2022

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LAS **Jordi Sierra i Fabra**
ÚLTIMAS
30 PÁGINAS

loqueleg

*Este libro está dedicado a Arturo, Jara, África, Dunia,
Lorena, Arlet, Alba, Andrea, Cristina, María, Sara María,
Patricia, Inés, Julia, Sofía, César y a todos y todas
los concursantes del Premio de Novela Jordi Sierra i Fabra
para Jóvenes a lo largo de su historia.*

Primera parte

Preámbulos

Teoría de la Comunicación era su asignatura hueso. Y la proximidad de un examen, lo peor de lo peor. Hacía tiempo, desde que había terminado el Bachillerato, que sabía que pasar una noche en vela estudiando no servía más que para desestabilizar el cuerpo y embotar la mente. Tomar cafés, lo mismo. Y ya no digamos pastillas. Por ahí sí que no pasaba. Algunas compañeras y compañeros se ponían de todo. Ella no. Era tozuda. la misma tozudez que la convertía en una *rara avis* en todas partes.

11

Se pasó una mano por los ojos.

Más que sueño, era cansancio.

Lo peor de todo, como agravante, era la necesidad de sacar nota para demostrar algo.

Demostrar algo.

¿Cuándo aprendería que solo tenía que demostrarse las cosas a sí misma, que los demás, padres incluidos, no eran más que una nebulosa que fluctuaba a su alrededor? Se trataba de su vida, y la vivía ella.

—¡Mierda...!

Vuelta a concentrarse, o a intentarlo.

No tenía la mente en el libro ni en los apuntes. La tenía en todas partes menos allí. Por un momento deseó teletransportarse, al estilo de *Star Trek*, y abrir los ojos en una playa de arenas blancas y aguas azules. Ella, en bikini o desnuda, sola, con un mar de palmeras de fondo.

Bueno, algún día.

El peaje venía antes: la carrera.

12 Y sacarse asignaturas hueso como la Teoría de la Comunicación, la peor del primer curso.

Cuando fuera periodista...

El zumbido del móvil la sobresaltó inesperadamente. Había tanto silencio que la música sonó como un disparo en la habitación, poblándola de ecos dispersos. Lo miró casi con rencor antes de mover la mano para cogerlo. Faltaban minutos para la una de la madrugada. ¿Quién demonios la llamaba a la una de la madrugada un día normal y con exámenes encima?

¿Paula?

No. No era Paula. Era Patricia, su compañera en el Taller de Escritura.

Prefirió no activar el manos libres. Abrió la línea y se llevó el móvil al oído. Con voz apenas audible pronunció un lacónico:

—¿Sí?

Al otro lado, primero, el silencio, breve. Después, como si Patricia tomara carrerilla, el triste murmullo de su tono mortecino.

—Lorena, siento llamarte a estas horas, pero... —hizo una pausa tensa—. Pero bueno, he pensado que querrías saberlo cuanto antes. No sé, perdona.

—¿Saber qué?

¿Había una guerra mundial inesperada, un terremoto acababa de hundir la facultad y ya no tendrían exámenes...? Nadie llamaba a la una de la madrugada para dar buenas noticias.

—Es Valentina —dijo Patricia. Lorena tragó saliva.

Era inesperado, pero lo supo aun antes de que Patricia lo dijera.

Cerró los ojos.

Y las siguientes palabras sonaron como martillazos en la cabeza. O como disparos, secos, brutales, dirigidos a lo más profundo del alma.

—Acaban de decir por radio que ha muerto, Lorena. Esta tarde. —Y como si no quedara claro, se lo repitió—: Valentina ya no está, ¿puedes creerlo?

14 El tanatorio rebosaba.

Autoridades, políticos, eminentemente de izquierda, familia, escritores, actores y actrices, una nutrida representación de la vida cultural catalana y española en general, medios de comunicación, amigos y amigas, incluso fans, personas anónimas que habían convertido las obras de la autora en libros de referencia. Las flores se amontonaban, las lágrimas caían, y en los corrillos más apartados de la entrada al cubículo donde ella esperaba el entierro o la cremación, la gente hablaba en voz baja con enorme respeto. Si los entierros y funerales eran el lugar propicio para el reencuentro, y muchos, para quitarse la presión o el dolor, acababan contando chistes o riendo con anécdotas estúpidas, allí no era el caso. Había muerto una grande. Había muerto una pluma excepcional. Había muerto un estandarte de la humanidad.

Así la habían definido: la gran humanista.

Lorena tardó en encontrar a los miembros del Taller de Escritura. Formaban un pequeño grupo apartado del resto, una célula identificada justamente por ser los más

jóvenes de los presentes. Había niños y niñas con sus padres, algún adolescente también. Pero ellos formaban una unidad. El Taller de Escritura de Valentina Valls era algo más que eso. Cada sesión representaba una loa a la literatura tanto como un canto a la vida. Valentina no enseñaba. Valentina compartía.

Un regalo.

Lorena se abrazó primero a su mejor amiga en el taller, Patricia. La emoción del contacto hizo que el dolor le estallara y brotara como un inesperado rocío en los ojos. Permanecieron así, unidas, durante casi un minuto. Después les tocó el turno a los demás. No hablaron. No pudieron. Para alguno y alguna, era la primera muerte sentida de su vida. La primera vez que se enfrentaban a la realidad de Nunca Más. Se sentían huérfanos. Esa era la palabra exacta. Una orfandad cultural y personal. Todas y todos querían ser autores, escribir libros, novelas. Y sin ella y su taller, de pronto, eso parecía mucho más difícil y alejado de sus posibilidades.

—¿Cómo estás? —logró preguntarle Patricia. Lorena no supo qué contestar.

—Aún no lo sé —reveló.

De alguna forma, sabían que Lorena era el ojito derecho de Valentina, que entre ellas existía una afinidad única, algo que se transmitía, además, en los textos que la pupila realizaba semana a semana. El runrún decía que Lorena tenía un don. Incipiente, por supuesto. Necesitado de crecimiento y evolución, claro. Pero un don al fin y al cabo.

El toque mágico que pocos escritores tenían.

La facultad de llegar a emocionar con sus textos y conectar con el corazón de los demás.

—¿Os habéis enterado de algo más de lo que dice Internet? —preguntó uno de los chicos.

Negaron con la cabeza.

Nada hacía presagiar que estuviera tan mal. Ni siquiera mal. Era una persona mayor, sí, pero de ahí a morir... Nadie les dijo que tuviera un cáncer terminal o algo así. Lo último que supieron fue que iban a internarla un par de días para hacerle unas pruebas, unos chequeos. Eso había sido todo. Luego, simplemente, le había fallado el corazón. En un abrir y cerrar de ojos. Adiós.

16

Pero era lógico pensar que estuviera enferma, ¿no? Bueno, qué más daba ya.

—Deberíamos estar juntos, y seguir con el taller nosotros mismos —propuso una de las chicas.

Nadie dijo nada.

¿Cómo seguir sin una guía?

Se quedaron callados unos segundos, llenos de miradas huidizas, hasta que Lorena no lo resistió y volvió a moverse.

—Voy a verla —suspiró.

—Te acompaño —tragó saliva Patricia.

Se apartaron del resto y se acercaron a la puerta del cubículo. Cuanto más cerca estaban, más les costaba avanzar. Al final tuvieron que hacer incluso cola para entrar. En la antecámara vieron a la familia, a la hija de Valentina, Andrea. Sabían que era ella porque la habían visto en una foto.

Al desembocar en el espacio reservado al ataúd, abierto, la emoción volvió a invadirlas.

Allí estaba ella, durmiendo plácida el sueño eterno, con su belleza senil perfectamente cuidada, el coqueto cabello del que tanto presumía perfectamente peinado, el rostro sereno. Allí estaba ella, Valentina Valls Juncadella, su maestra y mentora, la escritora más luminosa, más vital y cálida. Oían su voz, la veían moverse, siempre ágil y firme, decidida, empática, tan llena de energía que a veces parecía una batería desparramando toda su fuerza.

17

No pudieron quedarse mucho. Había más gente que deseaba rendirle el último tributo a la escritora.

Lorena puso una mano en el cristal.

—Adiós... —musitó de manera apenas audible.

Lo único que podía hacer era jurarle, y jurarse a sí misma, ser la mejor escritora posible.

Aunque ella ya no pudiera verlo ni ayudarla.

18 Aunque estaban en un lateral, y de pie, el silencio hacía que la acústica de la sala fuera impresionante. Tanto las palabras como la música sonaban de manera nítida. Con el ataúd ya cerrado presidiendo la ceremonia, laica, porque Valentina no era creyente, muchos de los asistentes se sorprendían del desarrollo del acto.

Los que no la conocían, claro.

Ella misma se lo había dicho muchas veces:

—El día que me muera quiero que sea una fiesta de celebración de la vida, no un acto de dolor por el final.

¡Van a sonar Bob Dylan, y Led Zeppelin, y John Lennon!

No todos la habían creído. Pero allí estaban.

Exactamente como lo había dicho.

A lo largo de los seis minutos de *Like a rolling stone*, se habían proyectado en una pantalla fotografías de la vida de la escritora. La enorme voz de Bob Dylan, en su apogeo de 1965, les hizo vibrar. Después, con Lennon y su *Imagine* de fondo, se habían sucedido los parlamentos. Para la parte final, la despedida, la tremenda fuerza vocal de Led Zeppelin y su gran *Baby, I'm gonna leave you*.

El corazón rockero de Valentina debía de vibrar dentro de la caja de madera.

Una caja sin ninguna bandera encima, porque tampoco había creído nunca en ellas.

—La gente mata por un trapo de colores, y sostienen un palo con el que, al final, agreden al contrario. Los símbolos atan y matan. Yo sé lo que siento. No necesito exhibirlo. Ni nada ni nadie se va a apropiarse de mí.

Lorena había llorado con las fotografías mientras sonaba *Like a rolling stone*, pero sonreía llena de valor y entereza con Led Zeppelin, aunque hubiera apostado que el tema elegido sería *Stairway to heaven*.

19

No, quizá su maestra y mentora no quisiera subir ninguna escalera para ir al cielo.

Un cielo en el que no creía.

—La vida es esto, aquí y ahora —solía decirles también—. ¡Aprovechadla!

En uno de los parlamentos, el que pronunció el editor y amigo de Valentina, Salvador Castanys, aparecieron ellos, de improviso.

Casi se sintieron importantes.

—Valentina era una mujer sin edad. Tenía setenta y siete años, pero era joven. Siempre lo fue. Si la edad es una circunstancia, en ella lo era todavía más. Nunca he visto un temperamento más vital, más lleno de energía, más predispuesto para el trabajo creativo. Para mí siempre fue una niña escritora. Jamás perdió de vista que para escribir, tenía que mantener viva a la niña y la joven que anidaban en su alma, su corazón y su mente.

Por eso llegaba a la gente. Por eso sus novelas entraban directamente a través de los sentimientos que fluían de ellas y formaban un nexo único e individual con cada lector, que las hacía suyas. —Una pausa leve—. Valentina deja una hija y dos nietas de catorce y once años de edad. Pero deja huérfanos a miles de lectores y alumnos, porque en estos últimos años se había empeñado en transmitir a un grupo de chicos y chicas su saber y prepararlos para seguir sus sueños. Más de una vez me dijo que el Taller de Escritura era, quizá, uno de sus mejores legados, y el principal en la actualidad. Ella veía reflejados en esos aprendices todos los valores que encarnan el difícil arte de encadenar las palabras y darles no solo forma, sino vida propia. Sé que esos alumnos de su taller están aquí. —El editor miró inesperadamente hacia ellos, y eso hizo que los asistentes también lo hicieran, con lo cual Lorena se puso roja—. Y sé que alguno de ellos y ellas recogerá el testigo que nos legó nuestra amiga que ahora escribirá palabras invisibles en la eternidad. —El amigo y editor hizo una pausa final, y entonces reveló lo inesperado—: La muerte ha sorprendido a Valentina sin poder terminar su última novela. Pero esa obra inacabada no hará sino perpetuar su leyenda rebelde. Aunque sin final, nosotros la leeremos. Quizá en el fondo nos esté invitando a imaginarlo, a convertirnos todos en escritores. Le gustaba jugar, provocar, así que sería su último reto, proponernos que exploremos en unas páginas llenas de magia hasta dar con el final adecuado, o el que cada cual querría para la novela.

Lorena dejó de escuchar. Una obra inacabada.

De nuevo escuchó la voz de Valentina en su mente:

—Me gustaría vivir cien años, y morir escribiendo, dejar una obra inacabada. Eso significaría que he llegado al fin de mis días lúcida, con capacidad para crear. ¿Qué más se puede pedir en la vida?

No había vivido cien años.

¿Por qué?

Siguieron los parlamentos, *Imagine* entre ellos. Siguieron hasta *Baby, I'm gonna leave you*. Más lágrimas. La gente permanecía quieta, sentada o de pie. Nadie se quería marchar. Todos testimoniaban el respeto y el amor por la difunta. Todos formaban parte de la comitiva del último adiós.

Así, cuando el acto concluyó, se hizo el silencio. Un silencio espectral.

Lorena recordó aquella frase de *Like a rolling stone*:

*¿Qué tal sienta estar sin hogar,
como una completa desconocida,
como un canto rodante?*

Ella se sentía así de pronto.

Huérfana, perdida, como una completa desconocida, sin hogar.

Como un canto rodante.